

recomendar de un modo eficaz la suscripción á los legitimistas hasta que se vea mas claro como van las cosas, y buscando de aquí y de allí, los carlistas recaudan 150,000 francos más.

Con los 450,000 francos que todas estas sumas formaban, don Carlos se lanza á la lucha del modo mas febril y cándido. Estaba atontado por su exuberante vanidad, y lo creía todo medio hecho, y daba el trono por fácil de ganarse. De un dia á otro esperaba recibir un telegrama de Madrid, diciéndole que fuese á ceñirse la corona, que el país le recibiría en palmas. Hace subvencionar algun periódico, y manda escribir un folleto liberal en su favor. Pero al mismo tiempo echa mano de los fondos para sus vicios, y cada dia gasta cantidades considerables en crápulas donde rodeado de calaveras y cocotas se da por el futuro é inevitable rey de España. Con esto los 450,000 francos van desapareciendo rapidísimamente.

Los carlistas antiguos murmuran de los escritos liberales que el Pretendiente hace publicar, y exigen la cooperacion de Cabrera, acusando á don Carlos de ser la causa de la abstencion de aquel. Empieza á faltar el dinero, y no se sabe como buscar más. En esto doña Isabel solicita una entrevista con don Carlos; éste la acepta con la idea de pasar por todo, con tal que le ayude á entrar en Madrid; se discuten varios proyectos; y al fin se llega á uno que el Pretendiente aceptara, si no lo hubiesen rechazado enérgicamente.

Ya no había mas remedio que buscar á toda costa á Cabrera. Don Carlos lo llama, pero Cabrera se niega á ir. A mediados del 69 sabe don Carlos que está tomando aguas en Baden-Baden, y corre á pedirle de rodillas que se ponga al frente del partido. Pero Cabrera rehusa, despreciándolo mas que nunca, por su carácter y vicios. Don Carlos jura vengarse, y lo jura delante de muchas personas, algunas de las cuales se lo comunican á Cabrera. El Pretendiente regresa á Paris bramando de odio, y furioso de no poder ir á Madrid. Preséntasele en Julio un catalan, llamado marqués de Benavent, y le dice que el castillo de Figueras está dispuesto á sublevarse en favor de él, y que será conveniente que se acerque á la frontera, para aprovechar el primer momento de entusiasmos

y volar de Figueras á Gerona, de Gerona á Barcelona, y de esta ciudad á Madrid.

Don Carlos lo cree; y sin mas, y á pesar de la oposicion de algun cortesano de juicio, corre á la frontera, se esconde lleno de ansiedad y miedo, pasa algunos dias haciendo los papeles mas ridículos, y al fin le dicen que el castillo ya no se pronuncia, y que no hay mas remedio que volverse á Paris. Apenas de regreso, otro emisario le participa que la plaza que está de veras comprometida es Pamplona, y que si quiere ir á la frontera de aquella parte, la victoria es segura, y Madrid le abre las puertas en pocos dias. Se lo cree tambien; desprecia los avisos de algunos consejeros, y corre hácia Navarra, escondiéndose cerca de ella en los últimos límites de Francia. Tampoco se pronuncia Pamplona, y el imbécil regresa á Paris cubierto de ridículo, y haciendo reir hasta á su mujer, que se burla de su candidez, y empieza á arrepentirse de haber empeñado sus diamantes.

Estos dos desengaños desalientan á la camarilla, y don Carlos pide consejo á la gente de juicio, quienes le contestan que no hay mas esperanza que Cabrera. El Pretendiente ruge de tener que volver á rogar á éste; y si no fuera por la ambicion y la necesidad de dicerlo lo rechazara enérgicamente. Pero su aficion al vicio y á la crápula es mas vehemente que nunca, y las cocotas no quieren recibirle porque no tiene un cuarto. Envía, pues, nuevos recados y súplicas á Cabrera, y al fin éste acepta, imponiendo á don Carlos condiciones necesarias y prudentes, que éste acepta y no cumple, haciendo todo lo contrario de lo que prometiera. Cabrera se impacienta, y se excusa de no hacer nada por falta de dinero. Don Carlos corre á pedirselo á su tio, el duque de Módena, quien le contesta que ya le ha dado bastante para divertirse con las mujerzuelas de Paris, y que no añadirá un cuarto mas. Entonces Cabrera aprovecha la ocasion para dimitir terminantemente, no queriendo ponerse en ridículo por mas tiempo.

Don Carlos convoca en Vevey una reunion carlista para aplastar á los cabreristas, y hacerlos callar de una vez; se hace dar la razon; se pone en manos de los neo-católicos, por odio á los carlistas antiguos, que eran los mas partidarios de Cabrera; abre una suscripcion, que produce algunos millones de reales,

y contento de verse con dinero para sus vicios, y con apoyo decidido para emprender la guerra, ordena que se trabaje febrilmente en una pronta sublevacion, pues sabe de cierto que bastará dar un grito para alcanzar el triunfo.

En 1872 se hace el levantamiento, y don Carlos que cree ya ganada la corona, entra en España, imaginando que irá corriendo á Madrid. Pero Moriones le sorprende en Oroquieta, y aunque pudo escapar, el Pretendiente cogió tanto miedo, que huyó despavorido á Francia, algo desengañado de sus esperanzas. Repítese poco despues el levantamiento, y don Carlos, no curado aún del susto de Oroquieta, no quiere entrar hasta el 16 de Julio del 73, en que las armas carlistas del Norte habían ya alcanzado muchas ventajas y se hacian respetar bastante.

Entonces dejó el título de duque de Madrid, tomó el de rey de España, y empezó á obrar como á tal. Su primera idea fué satisfacer los vicios crapulosos de que estaba infectado, y hacia dedicar algunos de sus cortesanos á descubrir mujeres bonitas, y corromperlas; tendía acechanzas á muchas en su mismo alojamiento, y si las cogía dentro de sus habitaciones, las deshonoraba ó violaba. No respetaba casadas ni solteras, ya fuesen carlistas, ya espasas ó hijas de hombres que le defendian con las armas en la mano. Su desenvoltura llegó á tal extremo, que cuando se alojaba en casas particulares, el patron se apresuraba á esconder á su mujer ó hijas, y á veces las mandaba á otras partes. Una vez en Puente la Reina pasaron sobre esto grandes escándalos, que produjeron una indignacion general. Encaprichóse por una jóven monja de un convento de enseñanza de Estella, y la persiguió con tanto teson, que las autoridades eclesiásticas ordenaron á la superiora que le cerrase las puertas del convento para evitar una violencia.

Divertíase convidando á comer á los carlistas que no conocian sus costumbres, y á los postres les hacía comer cachos de vela de sebo, aparentando que él los comía. Para esto valiase de la siguiente estratagemata. Mandaba traer un plato de manzanas mondadas y cortadas en forma de cilindro, como si fuesen cachos de vela, y ponía entre aquellas manzanas cachos de vela verdadera, ya señalados. Entonces co-

mía las manzanas, como si fuesen velas, y dando las verdaderas velas á los convidados, les rogaba que en obsequio suyo las comiesen para acompañarle. Casi todos le complacian, tragando el sebo que podían; y el Pretendiente se divertía contemplando los visajes grotescos, el sudor de angustia y los gestos ridiculos con que se esforzaban en comer aquella asquerosidad para parecer buenos carlistas.

Compró ó adquirió un lobo desdentado y domesticado, con el cual se divertía como si fuese un perro. Salía con él á paseo, y le azuzaba contra las cuadrillas de chicos que jugaban por las calles de Estella ó Durango, donde solía residir; tambien espantaba con él á las mujeres que hallaba al paso, y le hacía entrar en las casas donde oía cacarear gallinas, á fin de que las degollase y se las comiese. A la hora de comer, le hacía salir inesperadamente, y saltar sobre la mesa, donde producía una gran confusion, espantando á los convidados, derribando cuanto estaba en pié, y rompiendo la loza y cristalería. El Pretendiente se reía como un loco de todo estos lances, y decía que el lobo era su bufon. Estas fechorias duraron mucho, hasta que irritados algunos, un dia sorprendieron al lobo en las calles de Durango, y lo mataron á golpes.

Su política era tal como su vida privada. Pasaba el tiempo maquinando ideas contra los fueros vascos, formando intrigas contra sus generales, y hasta fomentando la hostilidad que había en Cataluña y el Centro entre su hermano Alfonso y su cuñada María de las Nieves por una parte, y los cabecillas por otra; daba la razon á estos contra aquellos, por miedo de que sus parientes se hicieran populares, y lo suplantaran; y tenía recelo y envidia de todos los carlistas distinguidos. Maldecía de los fueros, porque le impedían saquear al país, y juraba deshacerse de ellos, así que triunfase; cuando mandaba Elío, odiaba á este, y protegía á Dorregaray; cuando tuvo hundido á Elío, y encumbrado á Dorregaray, odió á éste, y le combatió por medio de Mendiri; así que acabó con Dorregaray, se dedicó á hacer pedazos á Mendiri, sirviéndose del conde de Caserta y de Perula; y apenas estos se hallaron en auge, los sacrificó por los mismos medios.

De este modo derribó á todos sus generales, per-

dió el crédito entre los hombres que le conocían, ó veían de cerca; eserilizó todos los esfuerzos de su partido, se hizo odioso, y fué vencido por las armas de los liberales.

Don Carlos volvió á Francia, y despues de algunos viajes á los Estados Unidos y Méjico, regresó á París, donde á favor de un legado que le dejó al morir su tío, el duque de Módena, pudo continuar su vida de vicios y de crápula. Todos los días visitaba casas de mujeres perdidas, y pasaba la noche con éstas, bebiendo abundantemente, y haciéndoles representar cuadros al vivo que nos sería imposible describir, sin escandalizar y llenar de asco á nuestros lectores. Como en razon á sus excesos, casi es impotente, no podía divertirse mucho de otro modo, y se entretenía en aquellos repugnantes placeres como los viejos arruinados. Tal era el hombre á quien Boet acusaba de haber fingido el robo del Toison. ¿Estaba este cargo criminal en armonía con la vida del Pretendiente? Me parece que todos los lectores dirán que sí.

XLV.

BIOGRAFÍA DE DOÑA MARGARITA.

Una de las cosas mas extrañas y misteriosas de la causa del Toison es la importantísima parte que contra Boet ha tenido doña Margarita, esposa de don Carlos. Esto nos obliga á ocuparnos de esta mujer, y de los motivos que puede haber tenido para proceder de aquel modo. Doña Margarita nació en Parma el 1.º de Enero de 1847, y casó con don Carlos en 4 de Febrero de 1867, por mediacion ó intervencion de sus tíos los condes de Chambord, que fueron los urdidores de tal matrimonio, por mucho que lo hayan negado, al ver que clase de hombre dieron á su sobrina por marido.

La familia de doña Margarita era soberana del Estado italiano de Parma, que llevaba el nombre de ducado, y fué destronada cuando, á consecuencia de la guerra de Napoleon III y Victor Manuel contra Austria, empezó á formarse la unidad italiana en 1859. Esta familia es tan interesante como la de don Carlos, y aunque con otros colores, comprende tipos

no ménos extraordinarios. El señor Boet posee una carta sobre los padres de doña Margarita, cuya lectura agrada al lector, una vez que no solo está bien escrita, sino que se refiere á una obra, de la cual no hay otras noticias que las que dió el mismo señor Boet. Concedemos, pues, la palabra á éste, cuya carta dice así copiada textualmente:

«... Si tuviese V. tiempo y humor, le recomiendo que lea en alguna biblioteca *La Favoritu del duque de Parma*. Es una obra cortísima, y es la historia del padre de doña Margarita, asesinado á los 31 años, y como es consiguiente se habla tambien del abuelo de doña Margarita que abdicó en su hijo.

»Le aseguro á V. que vale la pena de leerse, primero porque me parece bien escrita, y segundo porque resulta un mónstruo de vicios, un «yo» asqueroso, un padre infernal, un marido que pegaba un silletazo á su mujer cuando ésta no quería asistir á un baile donde iba á lucirse la querida del duque, y en fin, trataba á la duquesa con tales ultrajes y tales palizas que entre los numerosos comentarios que circularon sobre la causa eficiente de su misteriosa muerte, corrió tambien la voz de si el asesino había obrado á impulsos de la duquesa de Parma, la esposa del duque, y madre de doña Margarita.

»Se embriagaba todas las noches, y era en fin, un perdido y un malvado en toda la estension del vocablo.

»Le aseguro á V. que si don Carlos, en uno de sus discursos de borracho, hubiese querido demostrarme que aún no había llegado á ser el ideal del padre de su mujer, hubiese estado sublime. El autor tiene buen cuidado de demostrar que el duque de Parma no era uno de esos mónstruos de fibra, de gran ambicion, capaces de una gran idea, de un plan indomable, sino un mónstruo mentecato, un vicioso vulgar que por un capricho habría perdido su soberanía.

»A este propósito observa que castigaba á los ciudadanos con *bastonate*, y dice el autor:—«Esto lo hacía porque así se usaba en Austria; pero él habría sido incapaz de inventar la *bastonate*. Ya ve V. que aquel jóven papá prometía y que don Jaime (primogénito de don Carlos) puede decir algun día «de casta le viene al galgo el ser rabilargo.»

»Hizo un bien á su país, dice el autor, introdujo buenos cigarros de la Habana; pero eso lo hizo porque le gustaban á él, y así explica otras curiosidades para probar que el «Estado era él,» que era el «yo» mas absoluto y mas asqueroso.

»Esa obrita, perteneciente á la biblioteca de este establecimiento, ha caido en mis manos del modo mas casual, y ya puede V. suponer que la he leído con interés. Al hermano de doña Margarita, Alberto, actual pretendiente al ducado de Parma, el duque de Parma, en fin, conocido en las provincias del Norte de España, porque visitó alguna vez el campo carlista, actual duque de Parma que suele vivir en Pau, y que doña Margarita no puede ver, porque dice que es muy avaro; á ese hermano de doña Margarita, siendo pequeño, le hizo su padre una perrada.

»En fin, crea V. que la obrita es un díge que realza la casta de *doña Petrucelli della Gattina*.

»El famoso nene asesinado, papá de doña Margarita, se llamaba S. A. R. Carlos III de (*Birbon*) Borbon, infante de España, duque de Parma, *Piacenza* y estados anexos, nacido en Viareggio el 14 de Enero de 1823, muerto en Parma el 26 de Marzo de 1854.

»Luisa María de Borbon era la duquesa, la madre de doña Margarita; era feroz, cruel, peor en esto que el marido, que era cobarde; pero vil y malvado. Era hija del duque de Berri, hermana del conde de Chambord.

»El autor se muestra muy rígido en la imparcialidad histórica. Habla de un capitán que la voz pública consideraba amante de la duquesa y cita otro autor que lo admite como cierto; pero el del libro que tengo á la vista dice que no puede por su cuenta aseverar esto, así como puede aseverar que la duquesa es positivo que era cruel.

»En los amores del duque resulta un criado villanamente asesinado, y esto con todos sus datos, pelos y señales. En fin, le aseguro á V. que vale la pena de leerse ese pequeño libro, un solo tomo.

»Tiene el duque un ministro inglés, que es el que lo saca de sus continuos apuros financieros, que tambien es una alhaja.

»Se parecía mucho el duque, dice el autor, á María Amalia, madre de su abuelo, la disoluta mujer del titulado infante. Era de alta estatura, cuello largo;

para dar una idea de su perfil basta figurarse un triángulo rectángulo, del cual la punta de la nariz sea el vértice, la frente (el *mentlo*) el uno y la parte posterior despues de la nariz el otro de los catetos, y la *scriminatura* la hipotenusa.

»Una circunstancia atenuante del desprecio en que tenía á su familia, se puede atribuir á la poca respetabilidad de la familia de donde había salido.

»Ninguna concordia conyugal había precedido á su cuna y había tenido el ejemplo de un padre que se engolfaba en el mundo en busca de galantes aventuras y fáciles amores, desmoralizado en una vida militar (este último el duque hijo) sin porvenir ni gloria, y en la cual un gran nombre era salvaguardia de toda enormidad.

»Ligero, inconsecuente por índole, y casado contra su gusto, no es de admirarse que la familia le fuese en breve causando bastío.

»En resumidas cuentas, me digo yo, esas *ilustres* familias no tienen que echarse nada en cara.»

Tales eran los padres de doña Margarita. Despues de la formacion de la unidad italiana, encargáronse de la niña sus tíos los condes de Chambord, y ella fué á vivir en el castillo de Frhorsdorf, donde no tenía mas obligaciones que cumplir rigurosamente que las prácticas ordinarias del culto católico, y presentarse á las seis de la tarde en punto á la comida solemne de todos los días, en traje de etiqueta, y sin discrepar un segundo de la hora. Libre, fuera de estas horas, de hacer lo que quisiese, montaba á caballo, y pasaba casi todo el día sola por los bosques de los contornos, recorriéndolos aventuradamente, y haciendo cuanto se le antojaba, que es lo ménos malo que allí aprendió.

Doña Margarita es una mujer excéptica, irónica, descortés, grosera, aturdida, ignorante y hondamente egoísta; tiene escaso talento, carece de habilidad, y es completamente incapaz de dirigir la casa. No sabe contener ni disimular los desórdenes de su marido, por mas que procure ocultar á sus criados las ausencias que con frecuencia don Carlos hace por las noches. Odia y envidia mucho á doña María de las Nieves, su cuñada; no lee mas que los periódicos de modas y la crónica escandalosa del *Figaro* de París; dice mucho mal de los carlistas, mofándose de ellos y

de sus esperanzas de triunfar; satiriza á la nobleza legitimista francesa; sigue algunas prácticas del culto católico, mas por costumbre que por fé religiosa; recibe con paciencia las grandes palizas que con frecuencia le da su marido; muestra la mayor indiferencia por las infidelidades que éste comete, y á veces se divierte haciéndoselas contar á él mismo; pasa las noches en los teatros mas libres de París, como el de los *Bufo*s y del *Palais Royal*; finalmente, dice que ella cifraria, si pudiese, toda su felicidad, en ser hombre, y llamarse *Petrucelli della Gattina*, que es el nombre que le parece mas bonito de la tierra, y por esto Boet la llama así una vez en los apuntes que hemos transcrito.

Doña Margarita tiene algunos hijos á quienes educa muy mal, y el heredero don Jaime, que hasta ahora no ha aprendido mas que á cojer y matar moscas, descuella ya tanto, que una vez fué sorprendido á la edad de ocho años en una situacion indescriptible con una niña de la misma edad, hija de la falsa marquesa Ponce de Leon, y verdadera condesa de Campomanes.

En virtud de ciertas explicaciones que don Jaime *Matamoscas* dió á la chiquilla, ésta se habia prestado á cosas que no pudieron los dos calaveritos llevar á cabo completamente, por haber sido sorprendidos *infraganti*. A pesar de esto, doña Margarita no se enmendó, y continuó descuidando la educacion de sus hijos, por no faltar á la lectura de la crónica libre del *Figaro* y á las escandalosas representaciones de la *Hija de madama Angot*, de cuya ópera es entusiasta.

Cuando la guerra civil, doña Margarita vivía en una suntuosa quinta de Pau, junto á la frontera navarra española, y como muchas veces estaba sin recursos, echaba mano de los fondos que de Bélgica le enviaban para los hospitales de Navarra, y los derrochaba en banquetes y bailes con una corte de seminaristas que estaba allí con ella. Entonces se murmuró mucho de su comportamiento, y á esto se atribuye, que al regresar don Carlos á Francia, despues de terminada la guerra, le diese una paliza tan tremenda, que la señora tuvo que guardar cama muchos dias y llamar al médico. Los mismos comités belgas debieron tomar precauciones con respecto á ella, dejando

de enviarle el dinero que destinaban á los heridos, viendo que servia para regalar á los perdularios de Pau.

XLVI.

Para terminar estos apuntes no hallamos nada más á propósito que la carta que don C. G. Boet dirigió á don Luis Carreras.

Dice así:

«Querido amigo: Veo que con su actividad de costumbre quiere terminar con urgencia la obra. Ya que no pueden tener lugar nuestras conversaciones habituales como yo hubiera deseado, justo es que le dedique un buen rato. Hay algo que yo pensaba haberlo reservado por delicadeza, pero al extremo á que han llegado las cosas, y dada la ingratitud de las personas á quienes favoreceria mi delicada reserva, vaya el resto. Además, un autor como usted, no merece que uno se deje buenas cosas en el tintero.— Entro pues á conversar con el señor Corresponsal.

DOÑA MARGARITA.

«Voy á hablarle á usted, de unos episodios, señor Corresponsal, que reservaria de buen grado por un sentimiento de delicadeza; pero en una carta que consta en el proceso se hace alusion á ellos, y creo que hasta el honor de una dama ganará en que yo me exprese con claridad.

«He dicho á usted, que mi vida en París respecto de don Carlos se reducía á tener el menos trato posible con él fuera de los asuntos de partido. Observaba el propósito firme de no tener ningun contacto con su vida privada para no aparecer solidario de sus desvarios y chiquilladas, puesto que en París menos que en ninguna otra parte me era posible corregirlo y preservarlo de toda clase de compañías.

«La camarilla de doña Margarita vigilaba á don Carlos y á la de este, para referir menudamente á aquella señora todos los escándalos. Ambas camarillas se odiaban cordialmente, y don Carlos mismo llamaba á los allegados de doña Margarita, «seminaristas, abogadillos y estúpidos.» El duque de la Roca, hace

una caricatura de aquella camarilla, y habla del secretario de doña Margarita que *ni siquiera tenia frac*. En semejante lucha y conflicto doméstico, cuando los escándalos y dilapidaciones de don Carlos subian de diapason, va usted á ver en qué situacion tan espinosa y cargante yo me encontraba. Casi me hubiese valido más acompañar en algo á don Carlos, y no conservar un carácter de neutralidad.—Fuese que doña Margarita se considerase impotente para corregir á su marido, fuese que temiese algun brutal atropello, ó fuese, como ella me decia con frecuencia, que no quisiese *gastarse más de lo que lo estaba con su marido*, ella acudía á mí en tales apuros que en los últimos tiempos se repetian con una frecuencia verdaderamente impertinente y desoladora. El resultado era prometer y hacer lo posible, aunque protestando mi poca confianza. La recomendacion invariable de doña Margarita era que por Dios no conociese su marido que yo hablaba de *aquello* por conducto de ella, y que no creyese tampoco que lo sabia por ninguno de la casa. Conveniamos en que yo diría que lo sabia porque en España ya se murmuraba, ó que se hablaba en la embajada española, en fin, conveniamos en uno de esos expedientes que se emplean cuando en vez de tratar con un hombre, se trata con un chiquillo que tira el dinero haciendo el calavera en tonto. Por la tarde yo me presentaba en Passy á comer. don Carlos se ponía muy contento, porque mi retraimiento, fuera de lo que no fuese trabajar, le mortificaba, pues comprendía mi plan y mi censura. Aquella noche me acompañaba á teatros y cafés: queria que le prometiese que siempre que no estuviese ocupado en sus asuntos iría á Passy, y yo lo iba atrayendo á una conversacion seria. Entraba por fin en el asunto del modo que mejor podía, le hablaba de los sacrificios de la guerra civil, de España, de su nombre, de la virtud de su esposa, de sus hijos, y procuraba que me hiciese alguna concesion en nombre de tan sagradas invocaciones. Le aseguro á usted, señor corresponsal, que nadie ha hecho más por su propia familia que lo que yo hacia por don Carlos y la suya, lleno de corazón y de buena fé. Algo por de pronto se morigeraba; pero inútil es que añada que las promesas de don Carlos se las llevaba pronto la trampa, y en este infierno se luchaba con-

tinuamente. Por último, repitiéndose mucho esto, cuando me veía aparecer por Passy fuera de un asunto de despacho, comprendía el objeto de mi visita y trataba de evitar que me explicase.

«Hasta aquí no habrá usted comprendido todo lo grave que semejante situacion me creaba; pero lo cómico, y lo trágico viene ahora.

«Es el caso que doña Margarita, agoviada por sus cuitas, venía á comunicármelas y á tratar del modo de remediarlas en mi cuarto del hotel. Este hotel, situado en el boulevard Montmartre, está al lado de cafés ocupados de dia y de noche por emigrados españoles. Además, cuando don Carlos se impacientaba de no verme, ó le urgía algun trabajo mio, ó tenía que comunicarme algun noticion ó alguna ocurrencia suya peregrina, me enviaba á avisar por alguno de Passy, ó venía él mismo á buscarme. Si no me encontraba me dejaba escrito un billete, como puedo enseñarle á usted la prueba. Otros carlistas y legitimistas venian á visitarme con frecuencia, y áun antiguos amigos de España que no eran carlistas y pasaban por París.

«Esto motivaba que mientras doña Margarita hacía sus lamentaciones en mi cuarto, tenía yo que advertir que si preguntaban por mí se digese que no estaba en casa, y habia de tomar, en fin, precauciones que podian dar á aquellas entrevistas un carácter poco conveniente. Además, al subir ó bajar la escalera, doña Margarita podía tropezar con algun conocido. En el último tiempo, en que la desgraciada esposa hacía con más frecuencia sus visitas segun que el mal iba creciendo, le indiqué mi temor una vez con insinuacion, y otra abordando el peligro claramente. Mi temor no era vano y unos seis dias antes de nuestra salida para la guerra de Oriente, tuve un disgusto gravísimo y traté de conjurar el mal del modo que me pareció mas discreto. Hasta aquí me vé usted en Scila; pues espere usted, que ahora me verá en Caribdi y se convencerá de todo lo divertida que era mi posicion. Al dia siguiente de este disgusto me dirigí á Passy, á casa de don Carlos. Este no habia aparecido por ella no sé desde cuanto tiempo. Me informaron de esto y de que doña Margarita estaba, como era consiguiente, de pésimo humor, cuando apareció ésta y sin saludarme siquiera me dijo con

viveza: «Ven, tengo que hablarte.» Tomamos por una senda del jardín, la recorrimos lentamente y doña Margarita no decía una palabra; la volvimos á recorrer y doña Margarita no despegaba los labios. Yo la acompañaba y la miraba en silencio. Por fin, á la tercera vuelta, siempre paseando y sin mirarme, me dijo muy despacio:

«Debias considerarme por lo menos como á una señora: si tenias miedo, debias decírmelo y no tratarme como á una...»

«Estas palabras me dejaron estupefacto. Encerraban para mí una oscuridad tan completa que ni se me ocurrió por de pronto nada que replicarle. Ella continuó paseando y no decía más. Viendo que no se explicaba, me aventuré á decir:—«Señora, si V. M. me dice lo que quiere decirme, podré contestar.»—«¿Crees que tratas con una chiquilla?» exclamó, parándose con ira.—«Señora, yo no creo nada de esto, respondí; lo que me pasa es que no entiendo porque me habla así V. M.»—«Me entiendes demasiado, replicó: es inútil que lo niegues.»—«¿Cómo he de negar ni afirmar, señora, dije con asombro y con la paciencia ya apurada, si no sé lo que me dice V. M.»

«Ella, paseando y como hablando consigo misma, exclamó: «Si solo te he hubiese oído la primera vez, dudaria aun; pero te oído muy bien la segunda.»—«¿Y qué me ha oído V. M.?» respondí con viveza, viendo que al fin iba á descubrir el nublado que me concernía. Paróse entonces otra vez doña Margarita, y mirándome fijamente, me interrogó con ironía y despecho.—«De modo que tú no estabas en tu cuarto antes de ayer cuando estuve dos veces á la puerta de tu cuarto y llamé con la señal de costumbre?»—«¿A qué hora estuvo V. M. en mi casa? Yo falté de ella toda la tarde.»—«Mientes, me dijo con arrogancia; yo misma te oí, sobre todo la segunda vez.»—«Señora, la repliqué con firmeza, V. M. se equivoca y yo digo lo cierto. Puede ser que V. M. haya oído algun rumor en los cuartos inmediatos al mio.»—«No lo niegues, interrumpió con voz agitada, porque es peor; tenias miedo, añadió con ironía, y te has conducido como un mal caballero. No volveré á molestarte más.»—«¿De qué y de quién había de tener yo miedo, señora? exclamé. Si V. M. me conociese sabría que por no tener miedo á grandes ni á pequeños,

cuando creo que cumplo bien, tengo enemigos irreconciliables.»—«Lo sé, me contestó doña Margarita, y por eso me has dado un gran chasco, ¿es por lo demás comprenderás que desprecio lo que me has hecho.»—«Señora, exclamé, me creará V. M. si le doy mi palabra de honor de que está equivocada?»—«¿Te atreverías á darla?» me dijo indignada. En aquel momento se oyó el ruido de un carruaje dentro del jardín y vinieron corriendo á avisar á doña Margarita que había visitas. Esta se alejó sin saludarme ni mirarme y yo tomando otra senda me lancé á la calle.

«Imagine usted mi confusion y mi disgusto. Había procurado establecer una línea divisoria bien señalada entre la vida de don Carlos y mis gestiones por el partido, y esto, en lugar de aprovecharme, me metía más y más en un mar de escollos. La conducta de don Carlos era la causa eficiente de todo: ella ponía en peligro la reputacion de su propia esposa, por intachable y respetable que fuese; ella era en principio la causa de la desagradable escena que acabo de referir. De buena gana lo hubiera mandado todo á pasc; pero al mismo tiempo que me irritaba la terquedad de doña Margarita, me causaba profunda pena que la pobre señora persistiese en la creencia errónea que tenía, y me lastimaba y excitaba mi curiosidad el que me hubiese apostrofado diciéndome que tenía «miedo,» pues hoy mismo no comprendo de qué había de tener miedo. Despues de varias reflexiones, á los dos dias, me decidí á volver á Passy, esperando estudiar el horizonte y hallar una ocasion de volver á su juicio la dama que era tan injusta conmigo.

XLVII.

«Con gran sorpresa mia, hallé á doña Margarita estremadamente amable conmigo; desde que me vió me dijo que me quedase á comer, y principió á ensalzar lo divertido de la comedia que se representaría aquella noche en el teatro donde tenía pensado asistir, añadiendo que yo iría con ella, pues era preciso que viese aquella pieza. Como usted comprenderá, señor Corresponsal, este inesperado recibimiento, esta bondad tan expresiva, no atenuaba mi pesar. ¿Conocía doña Margarita que se había equivocado y

que me había ofendido á su sabor? En este caso debía ofrecerme una excusa. ¿Persistía en creer que yo la había ultrajado? En tal caso sus obsequios eran una ofensiva ironía. ¿Quién sabe? pensé. Acaso comprenda su error y me lo confiese en la primera oportunidad.

«Despues de comer fuimos efectivamente al teatro. Don Carlos no asistía. Doña Margarita continuó muy amable y estuvo divertidísima. Ni una alusion siquiera á nuestra última entrevista en el jardín.—«¡Vaya usted á comprender esta mujer!—decía yo entre mí al volverme á casa. La volubilidad de doña Margarita no era para mí, sin embargo, una novedad.

«Varias veces, despues de haberla visto durante el dia en mi cuarto, en un estado casi inconsolable, la encontraba al anochecer en su casa de Passy tarareando las canciones en boga, y antes de sentarse á la mesa recomendaba á los de casa que no se entretuviesen en la comida, porque quería asistir presto al teatro A ó al teatro B, y á mí me recomendaba con una insistencia digna de mejor causa que procurase cortar las conversaciones de «Carlos» si las alargaba demasiado; recomendacion tan estraña como difícil de desempeñar. Yo me preguntaba con asombro si aquella era la misma mujer que yo había visto pocas horas antes, hecha una *mater dolorosa*, mientras que entonces parecía una campesina que tuviese que asistir por primera vez á una representacion teatral. Un dia en mi cuarto, en un momento de expansion, le hice observar mi estrañeza, añadiendo que un método contrario acaso sería mas higiénico para hacer entrar un poco en formalidad el carácter de don Carlos.—«Tú te fijas en todo,» me dijo riendo.—«La bice notar que cualquiera se fijaría, áun sin estar en las interioridades como yo, porque el contraste era muy marcado.—«Tal vez otro dia satisfaga tu curiosidad,» me respondió, siempre riendo.

«Dos ó tres dias despues de la última ida al teatro que dejo indicada, don Carlos salía de París para Viena, y yo, como ya sabe usted, emprendía el mismo viaje por la noche con doña Margarita.

«Durante este viaje, no solo se confirmó su reconciliacion conmigo, sino que volvió como antes á ha-

cerme las confidencias mas íntimas. Puesto en este terreno, me pareció oportuno abordar la cuestion de nuestra última entrevista en el jardín. Así la pregunté si ya estaba desengañada de aquel error. Se puso seria y me preguntó á su vez:—«¿Si yo te pidiese un favor, lo harías?»—«V. M. sabe, contesté, que la he complacido siempre que he podido.»—«Pues no me vuelvas á hablar de aquel asunto.»—«V. M. me exige un verdadero sacrificio, no pude menos de objetar, porque quedo sin saber á que atenerme.»—«Bástete saber que estoy contenta de tí, me respondió.»

«En otra conferencia íntima al fin del viaje tuve ocasion de comunicarla para su gobierno, el disgusto que había yo tenido en París, porque la calumnia se había ya ocupado de su honra.—(Fijese usted bien en este aviso, señor Corresponsal.)—Se lo referí, como es natural, con los paliativos necesarios.—«¿Qué dia lo supiste?» me preguntó vivamente.—«El dia antes que V. M. me habló en el jardín, respondí.»—«¿Estás seguro? replicó.—«Ya lo creo, segurísimo,» contesté.—Se quedó silenciosa. Pasó un rato y me apercibí que lloraba. Considerando que el efecto que la había producido la noticia de la calumnia era la causa de sus lágrimas, me apresuré á consolarla, exponiéndola que no creía que aquellas malas voces trajesen consecuencias.—«No es por esto,» me contestó y prosiguió desecha en lágrimas. Si no era *por esto*, ¿qué pájaro sombrío había cruzado por el pensamiento de la pobre señora? Por fin, á fuerza de cariñosas solicitudes conseguí calmarla y hasta ponerla de buen humor; pero el motivo de su llanto quedó tambien en enigma.

«Despues del viaje á Viena estuvimos en casa del señor conde de Chambord, en Frhosdorf. Allí, aprovechando los momentos en que podía hablarme á solas en algun pasillo de corredor, me informó del conflicto que había por lo irritados que estaban los tios contra don Carlos, cuya vida y costumbres conocian en gran parte; me refería que no solo recibian las malas noticias de gente de París, sino que don Alfonso y doña María se lo llevaban y traian todo á su madre, y ésta se lo escribía al dedillo á su hermana, la condesa de Chambord.

«Lo que mas apuraba á doña Margarita, me de-